

Aunque bajo la tierra
mi amante cuerpo esté,
escribeme a la tierra
que yo te escribiré.

La sangre siempre llueve hacia arriba...
hacia el cielo

A cuatro pasos los vivos,
a cuatro pasos los muertos...

Miguel Hernández.

A ellos..... que me abandonaron.

A Melissa

Le conocí una tarde de invierno, esas sombrías, que te hacen ser insignificante ante el mundo, esas que te aplastan y te ahogan, que no sabes si dormir, salir a la calle o emborracharte para sentirte un poco mejor; hice lo último.....

JUDITH

Judith, andaba unos días hecha un lío, hacía tiempo que no veía a Raimundo y le echaba de menos, tendida en la cama, desnuda y con el fresco de la mañana azorándole

entre las piernas, no pudo evitar pensar en él. Sintió como su interior se removía, se levantó, una ducha la tranquilizaría, pensó, mientras se dirigía al baño de su coqueta buhardilla en el centro de la ciudad, en la radio sonaba Jim Morrison, y su pensamiento se difuminó bajo el agua tibia que corría por su cuerpo buscando el sumidero de la bañera. Volvió a evocarle. El recuerdo le martirizaba el cerebro, veía su cuerpo desnudo junto a ella, y sentía su olor, el tiempo paró, comenzó a masturbarse con avidez. Sin pensar en nada, pero teniéndole cerca, sintiendo sus espasmos junto a ella, su vigoroso cuerpo desnudo deseándola, y aquellos ojos de demonio perverso que ponía cuando se iba. Siempre la miraba en ese instante y le obligaba a mirarle, para desenfundar su venganza, para demostrarle que era él quién mandaba. Las cosas nunca cambiarían por más que ella lo intentase, por más que utilizase todas sus armas de mujer bella, de poderosas caderas e insultantes tetas, no era más que un objeto entre sus brazos, la poseía, la hacía su esclava, sin el menor esfuerzo, no podía hacer nada. Judith no era nadie, era un trozo de carne esperando el

aliño, carne hermosa, cierto, pero sólo carne, sosa, sin él: sin Raimundo. En los momentos en que creía odiarle, en los que se juraba por mil veces que jamás se acercaría, que jamás le miraría cuando fuese a vaciar dentro de ella. Pero todo aquello se desvanecía de un sueño, como arena de playa del mediterráneo azotada por la brisa, cuando le tocaba, le soplaban al oído, o dejaba que su aliento impregnase su nariz, con ese olor que sólo él poseía. El teléfono sonó justo cuando tenía su sexo más hinchado que un globo de feria, lo ignoró, y se concentró en el instante supremo, aquel en que Raimundo se desvanecía del paraíso, para volver a estar en el interior de una pulcra bañera en una coqueta buhardilla en el centro de la ciudad. Volvió a sonar, esta vez si estaba disponible, aunque todavía azorada por el magreo que ella misma se había propinado. Sintió la voz de Raimundo al otro lado del auricular y pensó que el orgasmo le volvía por un instante, instante que pasó cuando él volvió a repetir su nombre, ahora con otro tono y con más fuerza, - si, si estoy aquí Raimundo, - quiero verte, dijo, - esta tarde a las siete en el Plaza, y colgó sin más palabras, el vacío volvió a

inundarla otra vez. Estaba aquí para humillarla, como si los dos meses sin tener noticias de él no fueran importantes. Sintió ganas de llorar, pero se contuvo, al fin y al cabo iba a estar con él, y eso era lo que ella quería, pensó que ropa ponerse para la ocasión y dejó que su mente fuera a visitar la música que sonaba por la radio, Jim Morrison, no se había movido de allí.

El Plaza estaba situado a menos de cien metros del palacio real, pero no podía divisarse desde allí, un rincón y una esquina inoportuna se lo impedía, tenía el encanto de los locales antiguos del centro, pero había venido a menos, seguía teniendo cierta reputación entre algún esnob. Esos que viven en las urbanizaciones del extrarradio y que pasan media vida para pagar un adosado decente a cambio de pasarse la otra vida que les queda en los interminables atascos que les llevaban a trabajar. Había sido años atrás círculo de tertulias de escritores e intelectuales de cierto renombre, pero había perdido la mayoría de su magnetismo a favor de la mediocridad que le aportaban sus nuevos

clientes. A Raimundo le seguía gustando, le gustaba sobre todo porque aún conservaba en el aire, en el ambiente y en el humo de los cigarros recién apagados el aroma de que allí se habían gestado algunas de las más o menos importantes conspiraciones políticas de este país. Cuando el güisqui le cegaba solía hablar con Andoni, el Metre, que se había pasado cuarenta años diciendo que volvería a su tierra natal Navarra, y que nunca lo había hecho, ni siquiera de vacaciones, era otro esclavo más de la urbe. Navarro, de los sinceros y testarudos, pero buena persona, inteligente y simpático, como correspondía a su profesión, a la misma vez que discreto, cualidad innata de los profesionales, si quieren llegar lejos en su oficio, y sobre todo si quieren seguir vivos. Era un sitio tranquilo, sus mesitas de mármol, blanco y negro, que incitaban a jugar al dominó y a aporrear las manoseadas fichas entre trago y trago de cazalla, de café, anís, o güisqui. Raimundo se sacudió el agua con destreza de la gabardina al entrar, más de la mitad de la clientela se giró para observarle nadie le saludó. Judith ya estaba esperándole; tenía un aire de puta cara que jamás se

quitaría, sus miradas se cruzaron, y Raimundo pensó que él ya sabía lo que quería, pero ella aún no. , Aunque por un instante su mente pensó que lo mejor que podía hacer sería echarle un polvo en el cuarto de baño y dejar que el agua siguiera su curso. Se acercó a la mesa, la miró a la cara y le propinó un par de sonoros besos en las mejillas que hicieron azorarse a la pobre Judith;

- Hola; - Ella guardó silencio, como esperando algo más;
- - No vas a contestarme, dijo Raimundo mientras se sentaba,
- - Sí, claro.
- □ Ah, creía que no me habías oído -
- ¿Dónde has estado metido todo este tiempo?, ¿Por qué no me has llamado?, ¿Podrías haber sido un poco más simpático esta mañana por teléfono? ¿No?.
- Raimundo volvió a decidirse por lo del polvo, - tal aluvión de preguntas estúpidas no merecía otra respuesta- pero no la había llamado para eso, bueno en cierto sentido sí, pero no sólo para follar. Tomó un instante de relax, y dijo con aplomo:

- - Te debo una disculpa, lo siento.

Judith. Lo miró a los ojos con incredulidad, jamás en el tiempo que conocía a Raimundo le había pedido una disculpa, -nunca.- Hay algo que no funciona, - pensó, - dejó de sentirse esclava y su entrepierna se enfrió. Pidieron café, Raimundo aún no se sentía con fuerzas para el güisqui, aunque le hubiese ayudado bastante. Como iba a contarle a Judith, que no. -no la había llamado para irse a la cama y pasar otra noche retozando a la luz de cualquier neón de hotel de medio pelo, ella no había sido otra cosa para él que eso, un cuerpo en el que cobijarse en las horas en que la soledad apretaba y en el que vaciarse cuando el deseo le ahogaba aún más que la soledad y la tristeza, pero nada más. Un medio como tantos otros, como el café que acababan de poner en la mesa las manos de un camarero desconocido, como el güisqui que tomaba con desmedida ferocidad cuando sentía que su cuerpo por si sólo no iba a poder superar otro día de tedio, o como la película que se va a ver sin convicción de que te va a gustar, simplemente para pasar el rato. Judith se dio cuenta de que algo pasaba, y

Gracias por visitar este Libro Electrónico

Puedes leer la versión completa de este libro electrónico en diferentes formatos:

- HTML(Gratis / Disponible a todos los usuarios)
- PDF / TXT(Disponible a miembros V.I.P. Los miembros con una membresía básica pueden acceder hasta 5 libros electrónicos en formato PDF/TXT durante el mes.)
- Epub y Mobipocket (Exclusivos para miembros V.I.P.)

Para descargar este libro completo, tan solo seleccione el formato deseado, abajo:

